# 9 – De dónde venimos

Seguía inmerso en mis pensamientos cuando percibí que alguien estaba a mi lado. Era nada menos que Makrobius.

—Hola, Pedro —me dijo—, te veo muy pensativo. ¿Qué ocurre?

—No te imaginas a quién me he encontrado —respondí—.

A mi padre. Murió muchos años antes que yo. Por fin pudimos hablar de todo aquello que nunca tuvimos tiempo de decirnos. Estoy feliz, y espero tener muchas más experiencias como esa.

—Y las tendrás, Pedro —contestó con una leve sonrisa—.

Este tipo de encuentros forman parte de tu cielo. Pero hoy quiero hablarte de otra cosa: del origen de la humanidad y de su destino.

—Me alegra que toques ese tema —dije—, porque fue la gran pregunta de mi juventud. Leí muchos libros, escuché teorías, y encontré explicaciones de todo tipo. Ahora quiero oír la tuya.

Nos sentamos en nuestro lugar habitual, una playa cerca de unos acantilados. Las olas rompían con fuerza contra las rocas y se deshacían en millones de gotitas brillantes.

—El mar es el ejemplo perfecto —comenzó Makrobius—.

Aquí puedo explicártelo con claridad. No sé qué imagen de Dios tienes, pero quiero mostrarte la mía.

—Imagina que Dios es como un océano infinito, sin límites, inmenso. Cada gota de ese océano forma parte del Todo divino.

Y nosotros —tú, yo, todos los seres— somos esas diminutas gotas.

—Pero Dios no es un ser físico.

Solo puede experimentar la materia a través de las formas que envía al mundo. Por eso nos ha proyectado fuera de sí mismo: somos chispas de su esencia, viajeras del universo material.

—Así como las gotas del mar se elevan por la acción del sol, forman nubes, caen como lluvia o nieve, y regresan finalmente al océano, también nosotros emprendemos ese viaje, hasta volver al origen, purificados y enriquecidos por nuestras vivencias.

—¡Qué imagen tan hermosa! —dije—.

Entonces, según tú, nos reencarnamos una y otra vez hasta alcanzar la madurez necesaria para unirnos nuevamente con Dios.

—Exactamente, Pedro —asintió él—. Con cada existencia terrenal crecemos, maduramos, y nos acercamos más al regreso.
—Pero dime —pregunté—, ¿no sería útil recordar nuestras vidas anteriores?

Así sabríamos qué hicimos bien o mal. Makrobius sonrió.

—El conocimiento no se pierde, Pedro. Permanece en tu conciencia, en tu voz interior. El alma recuerda a través del sentimiento, no de la memoria. Tu conciencia te guía: te hace sentir lo correcto o lo erróneo.

—Si recordaras con detalle cada vida, con sus culpas y dolores, no podrías actuar libremente. Imagina saber que en otro tiempo hiciste cosas terribles: vivirías paralizado por la culpa.

—Créeme: es mejor comenzar cada vida sin esa carga. Y si en algún momento necesitas saber algo, la memoria se abrirá por sí sola.

Asentí.
Tenía razón. Era mejor la inocencia del comienzo que el peso del pasado.

Pero aún había algo que debía preguntar.
—Makrobius, quiero estar seguro de una cosa. ¿Es cierto que no nos reencarnamos alternando entre seres humanos y animales?
Makrobius soltó una carcajada.

—¿Temes volver como una rata, Pedro?

No, eso no sucede.

—La emanación del Espíritu divino en la materia ocurre en olas de vida. Llamemos a cada una, *una ola vital*.

—Los seres humanos pertenecen a una de esas olas. Los animales, nuestros hermanos más jóvenes, pertenecen a otra, posterior. Los ángeles, en cambio, provienen de una ola anterior y nos aventajan en desarrollo espiritual.

—La reencarnación solo tiene lugar dentro de la misma ola de vida. El hombre sigue siendo hombre, el animal, animal.

—Así que no te preocupes —rió—, seguirás siendo tú. Me reí también. Todo encajaba,era lógico, coherente y tranquilizador.

—Pedro —dijo por último—, has recibido hoy mucha información. Déjala reposar. Medita, descansa, y permite que tu alma lo asimile. Debo irme ahora, pero sabes que estoy cerca, siempre en contacto.

—De acuerdo, Makrobius —respondí—. Creo que tengo suficiente para reflexionar. Hasta pronto. Y desapareció.

Permanecí sentado en la arena, mirando el mar. No todo lo que había dicho era nuevo, pero tenía ahora una luz distinta.

Comprendí, con una certeza absoluta, que seguía existiendo, aunque ya no tuviera cuerpo. Sonreí.
En el fondo, mi intuición de toda la vida no había estado tan equivocada.

Y pensé en todos aquellos con quienes había debatido sobre Dios y el alma: quizá algún día, ellos también lo entenderían.